

ORENCIO OSUNA

MOMENTUM

ENTREVISTAS A
PABLO IGLESIAS, ADA COLAU,
ALBERTO GARZÓN Y DAVID FERNÁNDEZ

Icaria ✿ Más Madera

ÍNDICE

Prefacio, *Orencio Osuna* 7

Prólogo: Momentum, *Enric Juliana* 9

Jaque a la casta. La ficha que movió el tablero del régimen del 78

Entrevista a Pablo Iglesias 19

Escrache a la Marca Barcelona. Devolver a los ciudadanos corrientes la ciudad que les fue arrebatada por las élites

Entrevista a Ada Colau 47

El joven heredero de un patrimonio clásico de la izquierda. Buscando desesperadamente el «link» con la nueva desafección social

Entrevista a Alberto Garzón 77

Zapatazo contra la corrupción. Cómo ser independentista y anticapitalista, sin ser nacionalista

Entrevista a David Fernández 113

Epílogo

Sabemos lo que no queremos mientras hacemos posible lo que queremos, *Juan Carlos Monedero* 155

No hay verdades únicas, ni luchas finales, pero aún es posible orientarnos mediante las verdades posibles contra las no verdades evidentes y luchar contra ellas.

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN

El viejo mundo se muere. El nuevo tarda en aparecer. Y en ese claroscuro nacen los monstruos.

ANTONIO GRAMSCI

¿Saben qué piensa la gente de ustedes? Que son unos embaucadores, unos farsantes... quién les va a creer a estas alturas[...] ¿Y saben la razón principal porque no les cree la gente? Porque su versión de los hechos, además de estrafalaria, carece de color humano.

Muerte accidental de un anarquista, DARÍO FO

PREFACIO

Orencio Osuna

Las entrevistas que se compilan en este libro forman parte de un intento de conocer y desentrañar las claves de un momento histórico confuso y lleno de ruido y furia, con la ayuda de personas prominentes de la vida política española que no fuesen cómplices del *storytelling* del poder. Un esfuerzo no exento de dificultades, en un tiempo en el que muchos personajes públicos se mueven en el escenario de la *res publica* —como dice el soliloquio del *Macbeth* de Shakespeare— como idiotas que cuentan cuentos que no significan nada.

La primera entrevista que hice fue cinco días después de que el movimiento del 15M de 2011 estallase en la Puerta del Sol. La incredulidad inicial ante el hecho de que decenas de miles de jóvenes dijese ¡basta ya! y desafiase el miedo pronto se tornó en admiración y entusiasmo. Por una vez en muchos años (quizás desde la retirada de las tropas de Irak), España era una noticia mundial, más allá de los goles de Iniesta, el Niño Torres o las victorias de Rafa Nadal. El 15M pronto se convirtió en un ejemplo edificante de democracia, de firme lucha cívica, de desobediencia pacífica. Nacía una esperanza tangible y nada ilusa de que la gente empoderada pudiera hacerse cargo de su destino.

Finalmente aparecía una luz al final del túnel de los años de plomo, de los recortes sociales y de las tristes y nutridas colas del paro. El 15M, sin encomendarse a dios ni al diablo, demostró que era posible dar un puñetazo en la mesa de la casta y sacudirse la resignación y el miedo.

A lo largo de estos casi cuatro años he hecho treinta entrevistas* a personas muy diversas provenientes de la política, la academia o el periodismo, la mayoría publicadas en los diarios digitales *Nueva Tribuna* y *Público*.

Pienso que las entrevistas a Pablo Iglesias, Ada Colau, Alberto Garzón y David Fernández son una selección muy representativa de los análisis, diagnósticos y objetivos políticos que bullen y se agitan en las fuerzas transformadoras que hoy luchan por un cambio político en todo el Estado español.

Ojalá la lectura de estas entrevistas, así como las aportaciones del periodista Enric Juliana y el profesor Juan Carlos Monedero, puedan contribuir a que cada vez más ciudadanos conozcan mejor las voces y los argumentos de todos aquellos que propugnan arrojar al basurero de la historia a un sistema injusto, desigual y corrupto.

Para concluir, no puedo dejar de mencionar, aunque pueda ser tedioso para el lector, mi profundo agradecimiento a todas aquellas personas que me han ayudado en estos años a llevar a cabo todas las entrevistas. A mi querido amigo y compañero el profesor Juan Carlos Monedero que, además de regalarme un brillante y enjundioso epílogo, me animó a que publicase las entrevistas en forma de libro. A mi viejo amigo el periodista Enric Juliana, en cuya introducción late el buen periodismo de análisis político al que nos tiene acostumbrados en sus crónicas en *La Vanguardia*. A los compañeros de *Nueva Tribuna*, su directora Isabel García, Pablo Vargas y Prudencio Morales. A Karen Montenegro, Alejandra Ávila y Elisa Pizarro, sin cuya colaboración y desprendido esfuerzo no hubiesen sido posible este trabajo. A Marià de Delàs, director editorial de *Público*. A Anna Monjo, Joan Carbonell, Desirée Herrera y Miguel Urbán, que vieron interesante acoger este trabajo en la editorial Icaria y que me han tratado con cariño y profesionalidad. Muchas gracias a todos.

Madrid, febrero de 2015

* La mayoría de estas entrevistas puede encontrarse en el blog La excepción y la regla, www.orencio-osuna.org.

PRÓLOGO: MOMENTUM

Enric Juliana

En primer lugar unas notas sobre el autor. Conocí a Orencio Osuna a mediados de los años setenta en Badalona. Un tiempo de alta intensidad en los arrabales de Barcelona. La palabra arrabal no suele utilizarse en estos tiempos bañados por el eufemismo. Bien, llamémosle la periferia de Barcelona, o el área metropolitana. Hilemos fino, aunque la palabra arrabal es la que mejor describe la realidad física, social y política de unos municipios que aquellos años carecían de todo, menos de una cierta moral de resistencia. Orencio, «Blas» en las reuniones clandestinas, estuvo allí, tejiendo.

Orencio no es catalán de origen, pero entendió muy rápidamente los resortes básicos de la sociedad catalana. Y los sigue entendiendo, puesto que esos mecanismos fundamentales siguen siendo prácticamente los mismos, cuatro décadas después, pese a que todo hoy nos parezca tan distinto y tan distante. Orencio, lo recuerdo bien, destacaba por su lucidez y por la claridad de sus exposiciones. Era un buen narrador de la situación política en un tiempo dominado por voluntarismo, la ilusión y la ausencia de mundo. En el arrabal politizado, pido perdón de nuevo por la ordinariez, nos faltaban libros y viajes. Más viajes, sobre todo, más viajes. «Blas» no era el típico activista universitario con la teoría bajo el brazo, temporalmente fascinado por la periferia. El obrerismo era tendencia y el neorrealismo italiano, con la posterior ayuda

de Pier Paolo Pasolini, había construido una gran idealización de las periferias urbanas, digo, de los arrabales. TVE lo difundía. Algunas de las mejores películas del neorrealismo italiano fueron emitidas a las diez de la noche por la televisión del Régimen. Millones de personas las vieron. Alguien les coló un gol. El censor quizá pensó que era bueno mostrar la miseria vivida de los países vecinos. Recuerdo con lágrimas en los ojos *El ladrón de bicicletas*, a las diez de la noche, después de cenar. En aquel tiempo alámbrico y realista, fábricas, parroquias y bares eran los grandes centros de agregación social. En la periferia había muchas fábricas, muchos bares y algunas parroquias. Orencio era un hombre nacido en la periferia que disfrutaba en la periferia. Tenía la «situación» en la cabeza. Sabía leer lo complejo.

Nos perdimos de vista a principios de los ochenta y veintitantos años después nos reencontramos en Madrid. Recuerdo el día en que nos volvimos a ver. Seguía teniendo la «situación» en la cabeza. Seguía siendo un excelente narrador de la política. Orencio Osuna ha conseguido una cosa no muy frecuente entre la gente de su generación. Ha logrado atravesar el tiempo loco de la burbuja, manteniendo intacta una lúcida pasión por la política. Toma nota. Aconseja. Sugiere. Pone su experiencia al servicio de gente nueva. Es generoso y sigue sorprendiendo a sus amigos con su clarividencia. Y desde hace un tiempo ha tomado la decisión de escribir. Escribir y preguntar. Tejer ideas y personajes. Componer. Definir el cuadro, por decirlo a la manera antigua. Orencio Osuna sabe dibujar el cuadro.

El cuadro muestra en estos momentos por la posible decadencia de los partidos que hemos conocido como mayoritarios durante los últimos 37 años. Lo escribo en condicional puesto que aún no estoy seguro de que nos halleemos ante el hundimiento del bipartidismo. El marco institucional español está concebido para la existencia de dos partidos predominantes, con la posibilidad de fuertes minorías de carácter nacional o regional, cuando estas son capaces de concentrar el voto en Cataluña, en el País Vasco y en Canarias, principalmente. La distribución provincial de escaños penaliza a las grandes concen-

traciones metropolitanas —a los arrabales— y somete la relación general de fuerzas a la corrección mayoritaria de la ley Hondt. El sistema electoral, protegido expresamente por el artículo 68 de la Constitución, penaliza a los que quedan detrás y obtura la representatividad. Fue un eficaz estabilizador de la Transición. Hoy está estrangulando la legitimación del sistema.

La actual España en crisis se rige por unos mecanismos de representación política que todavía responden a la lógica de la Guerra Fría, una de cuyas prioridades fue impedir o dificultar el acceso de los partidos comunistas occidentales al poder por la vía de las elecciones libres. En Francia, el general De Gaulle impuso la segunda vuelta como signo distintivo de la V República. En Italia, la Democracia Cristiana se dotó de un cinturón de protección formado por tres pequeños partidos (liberal, republicano y socialdemócrata) que entraban y salían de los gabinetes de coalición como bailarinas de La Scala de Milán. En Portugal, España y Grecia todo fue un poco más rudo: se prorrogaron las dictaduras.

En 1977 se legalizó, inteligentemente, al Partido Comunista de España, y se convocaron elecciones libres con «handicap» para la tercera fuerza en la planta provincial. La tercera fuerza eran los comunistas. Sobre esta base se edificó el nuevo edificio democrático. La ruptura del bipartidismo exige, por tanto, un verdadero terremoto en la vida provincial. Hay indicios de que ello puede producirse. Los sondeos lo indican. La novedad reside en que los segundos podrían ser los terceros y los recién llegados empujan con fuerza y afirman, con descaro, que pueden ser los primeros. El esquema de 1977-78 parece que se está rompiendo, pero permitirán que me acoja a la enmienda de Santo Tomás: hasta que no lo vea, no lo creeré.

Orencio Osuna ha entrevistado a cuatro de los nuevos referentes políticos que amenazan con romper el cuadro. Hace un año podían parecer personajes radicalmente periféricos. Hoy, sus nombres están en boca de todos. Están en el centro del debate público. Pablo Iglesias, Alberto Garzón, David Fernández y Ada Colau. Como buen periférico, el autor de las entrevistas sabe que

siempre hay un autobús que va del extrarradio al centro. Hay que saber cogerlo.

David Fernández hace dos años parecía una figura exótica en el nuevo Parlament de Catalunya, surgido del adelanto electoral soberanista. Hoy es el político catalán mejor valorado, según la encuesta publicada por *La Vanguardia* principios de diciembre de 2014. Además de lucir unas camisetas muy vistosas y repartir abrazos con gran inteligencia emocional, el líder parlamentario de la CUP ha demostrado que sabe hacer política. Ha ganado respetabilidad. Se ha dirigido a la mayoría social. Hay una anécdota suya muy interesante y reveladora. Poco después de ser elegido diputado, un hombre con traje de ejecutivo se le acercó en el paseo de Gràcia de Barcelona. Se paró, le dio la mano y le dijo: «Aprieten fuerte, les necesitamos para hacer limpieza». En Cataluña las cosas a veces dan muchos rodeos, pero también hay momentos muy directos.

Ada Colau también ha cogido el autobús que conduce de la periferia al centro de la batalla política. Su candidatura municipal en Barcelona preanuncia una contienda electoral de alto voltaje. La pugna municipal de Madrid será la más ruidosa de todas. La de Barcelona tendrá mucha densidad e interés. No den ningún resultado por seguro. Es tiempo de nuevos actores. En Valencia, por ejemplo, otros dos personajes que merecen formar parte del retablo, Mònica Oltra y Mireia Mollà han rasgado la arruinada escenografía de cartón-piedra de un Partido Popular rotundamente hegemónico durante veinte años.

Alberto Garzón parece haber conseguido vencer finalmente las inercias conservadoras de Izquierda Unida y va en camino de convertirse en el nuevo líder de esta formación. Izquierda Unida ha pagado el precio de una visión poco innovadora. Creyendo que el desgaste del PSOE le beneficiaba de manera automática, descuidó a los sectores sociales más dinámicos. Y descuidó, sobre todo, la interlocución con los jóvenes. Garzón está obligado a recuperar el tiempo perdido, flanqueando a la novedad Podemos por la izquierda, por ejemplo, con la propuesta republicana, desiderátum que hoy no está en el centro del debate social. Y dudo que lo esté

en los próximos tiempos. IU, sin embargo, no está muerta. Puede tener un papel importante en los pactos municipales y en un futuro Parlamento de mayorías variables.

Y Podemos, claro está, en boca de todos. Obsesivamente. Neuróticamente. Traspasando la raya de lo grotesco en algunos medios de comunicación. Pablo Iglesias rompe todos los techos con la inestimable ayuda de la «Partida de la Porra» de la derecha mediática madrileña. El partisano Iglesias es hoy la gran novedad de la política española. Constatarlo comienza a ser una obviedad. La periferia está viajando hacia el centro.

¿En qué consiste exactamente la novedad? Creo que estamos ante un acontecimiento trenzado por las siguientes fuerzas o impulsos. Uno: la ira ciudadana derivada de la crisis y la increíble acumulación de escándalos de corrupción. Dos: la contestación generacional, menos intensa que la de los años sesenta y setenta, puesto que la sociedad española, envejecida, ha perdido fuerza juvenil. Y tres: la lenta cristalización de una «nueva izquierda» con voluntad mayoritaria, después de más de treinta años de circulación por carreteras secundarias, cuando no comarcales.

La condensación de estos tres factores no era fácil, pero ha comenzado a producirse me atrevo a decir que por razones en buena medida ajenas al talento y a la perspicacia de las personas que Orencio Osuna entrevista en este libro. No quiero desmerecerlos, en absoluto. Sin talento, coraje y perspicacia no estarían en el lugar que en estos momentos ocupan en la escena pública. Coraje, talento, perspicacia y paciencia, también paciencia, les harán falta en los próximos meses para no ser flor de una estación, ni víctimas del inevitable movimiento pendular de una sociedad irritada, en la que todavía hay mucho que perder.

Los nombres propios de la «zona de ruptura» están ahí porque en el interior de la crisis orgánica del capitalismo español se han dado estos últimos tres años unas especiales condiciones de humedad y presión atmosférica, de depauperación de la calidad política, de desmoralización pública y de empobrecimiento de notables sectores de la población española. Una durísima devalua-

ción interna sin las suficientes contraprestaciones cívicas y morales. Una «cura de caballo» sin maestría política. «A saco, Paco», como dicen los jóvenes en Madrid.

Los grupos dominantes no han sabido construir un relato ético de la crisis española. Poseída todavía por la mentalidad del nuevo rico inmobiliario, actitud y temperamento que alcanzó su cénit a principios del siglo XXI, el cuerpo rector de la derecha española ha hecho una lectura muy «economicista» de la crisis. Una lectura clásica, seca, pragmática, con el sello del sociólogo sevillano Pedro Arriola, principal asesor del Partido Popular desde los años noventa. Arriola es un experimentado sociólogo electoral y conoce bien los resortes materiales que mueven a la sociedad española desde la Transición. No sé, sin embargo, si capta con finura los sentimientos y los reflejos políticos de las nuevas generaciones, criadas en el interior del bienestar y conectadas con la nueva distribución del talento, el trabajo y la precariedad, como nunca antes había ocurrido. La crisis no es un paréntesis. La crisis ha abierto una nueva dimensión de las relaciones sociales.

En una ocasión, Arriola me sorprendió con un juicio, al que he dado vueltas muchas veces. Aunque no es hombre muy dado a hablar con los periodistas, hace ya más de ocho años accedió a compartir conmigo un par de tazas de café. Una charla larga y relajada. Conoce bien el percal, pero me sorprendió con el siguiente comentario: «Durante la tragedia del 11M no llegamos a darnos cuenta de lo católica que sigue siendo la sociedad española». Arriola se refería a la reacción airada de mucha gente entre los días 11 y 14 de marzo de 2004, tras los atentados de Madrid; reacción que él atribuía al sentimiento de culpa por la guerra de Irak. Ese sentimiento de culpa —y no la pésima política de comunicación del gobierno después de los atentados— habría sido el principal causante del vuelco electoral. Me llamó la atención esa referencia a la catolicidad de los españoles. Es una observación con la que estoy de acuerdo. La sociedad española es de profunda matriz católica y lo seguirá siendo durante muchos años, por mucho que disminuya la asistencia a misa y la participación en los demás

sacramentos. El principal asesor del PP lo comentó, sin embargo, como si percibiese en ello un signo de atraso. Como si fuese algo inaprensible y arcaico. Como un inconveniente para una racionalidad política superior.

Meses después, Carlos Aragonés, antiguo jefe de gabinete de José María Aznar, un hombre de notable inteligencia política, me sorprendió con otra apreciación, en algún modo complementaria a la de Arriola:

El problema de la sociedad española es que no dispone de buenos sensores intermedios. Todo viene tan dado desde arriba que el mar de fondo te puede engañar: en ocasiones parece más agitado de lo que realmente está; en otras es engañosamente calmo. La cámara de comercio de Ciudad Real, por ponerte un ejemplo, nunca te dará pistas de lo que realmente piensa la gente, porque la cámara de comercio de Ciudad Real, o de cualquier otra provincia española, siempre se expresará con prudencia y con un lenguaje acorde con quien tiene el dominio político en aquel momento.

Me pareció una observación inteligente, que sigo creyendo válida. Había un hilo argumental común en las apreciaciones de Arriola y Aragonés: la sociedad española tiene un fondo inaprensible, sigue conteniendo actitudes y mecanismos prepolíticos (trasfondo religioso, veneración y desconfianza del poder instituido, fuertes localismos) que dificulta la racionalización de una «política nacional».

¿La actual agitación social española contiene tantas ansias de cambio como aparenta? Evidentemente, la cámara de comercio de Ciudad Real no es el indicador adecuado para captarlo. ¿Lo son las redes sociales? No me atrevo a dar una respuesta afirmativa.

Decía que la derecha española no ha sabido construir un relato ético a la crisis, combinando su gestión técnica y económica, con una contraprestación cívica y moral. Ello exigía y exige una constante política de pactos y compromisos. No grandes y pomposos

pactos, difíciles de articular cuando se tiene mayoría absoluta en el Parlamento. Me refiero a una política de acuerdos parciales, de gestos de apertura a los sectores sociales, territoriales y políticos que no se han sentido reconocidos en esa mayoría absoluta. En ausencia de «gran coalición», política de gran coalición.

Por el contrario, la derecha gobernante parece haber querido aprovechar la crisis para matar varios pájaros con poca munición. Ha querido reducir a mínimos el paradigma socialdemócrata, sin una fuerte contestación social. Ha querido dejar parálítico al PSOE por un largo período de tiempo. Ha sometido a los gobiernos regionales a un verdadero estado de excepción financiero, con el objetivo fundamental de constreñir la esfera autónoma catalana, favoreciendo una fuerte crisis de consenso en su interior. Ha querido, en suma, abrir un nuevo ciclo del que el PP sería, ahora sí, su natural administrador, con el apoyo tácito del Directorio Europeo.

Una España económicamente disciplinada, socialmente contenida y políticamente pragmática, con el partido de la oposición muy debilitado y convertido en la práctica en el partido regional del sur de España. Una España con autonomías encauzadas por la Brigada Aranzadi, esa magnífica pléyade de abogados del Estado capaz de recentralizar todo lo que se les ponga por delante, con un hábil manejo de los reglamentos y sin retirar ni una sola bandera del balcón. Una España autonómica dentro de un orden, con Cataluña encerrada en el interior de su propia excitación.

Ese era el plan y no me atrevo a darlo por fracasado. El paradigma socialdemócrata se halla debilitado. La devaluación interna se ha llevado a cabo sin grandísimas protestas sociales. Los sindicatos se hallan moralmente hundidos. El gobierno del PP aparece ante el Directorio Europeo y los centros financieros internacionales como garante de la estabilidad española en el turbulento sur de Europa. El Partido Socialista está en silla de ruedas y puede acabar asfixiado por su federación andaluza. El Estado autonómico ha sido redimensionado y la inflamación catalana podría acabar dando vueltas sobre sí misma, si no lo está haciendo ya.

Los objetivos primordiales parecen bastante conseguidos y, sin embargo, algo ha fallado. Ha fallado esa contraprestación cívica y moral a la que antes me refería. Esa ejemplaridad que reivindica el filósofo Javier Gomá Lanzón, presidente de la Fundación Juan March, autor de un ensayo titulado *Ejemplaridad pública*, que debería ser libro de cabecera de una derecha española moderna, europeísta, menos economicista y menos apegada a la mirada corta del de las burguesías rentistas. Insisto: sin gobierno de gran coalición era necesaria una política de gran coalición.

Se ha actuado sobre la sociedad española como si esta fuese un cuerpo únicamente programado para consumir y gastar. Se ha gobernado con un pragmatismo seco, sociológico y clásico, seguramente demasiado clásico. Se ha llevado a cabo la dolorosa devaluación interna y en mitad de la operación, el cuerpo médico se ha derrumbado moralmente. Una escalofriante sucesión de escándalos que comenzó con la afectación de la familia real y el progresivo debilitamiento de la figura del hoy rey emérito. Estropeado el perno, todo el sistema empezó a acusar una enorme fatiga. En lugar de contrarrestar la negatividad social con un esfuerzo ético y verdaderamente patriótico —es la primera vez en mi vida que utilizó esta palabra en un texto, pero en el actual contexto me parece pertinente—, el sistema político entraba en una inaudita y descarnada fase de agrietamiento. Una fase en cuyo interior necesariamente tenía que pasar «algo», como ha ocurrido en otros países europeos. Y ese «algo» en España lleva el acento a la izquierda, por dos motivos: porque el PP ha conseguido mantener bloqueada cualquier contestación política a su derecha, y porque la crítica social en España sigue teniendo léxico de izquierdas.

Se están generando respuestas en buena medida imprevistas. Estamos en el *momentum* de la crítica social. *Momentum*, concepto de la física de los objetos. Idea de Isaac Newton, que la sociología norteamericana trasladó a la dinámica de los grupos sociales. *Momentum*: intensidad de una dinámica social, superando las diferentes fases de resistencia, hacia un objetivo deseado.

La dinámica de contestación está en marcha. Comienza a tener organicidad e intérpretes con notable capacidad de liderazgo. Mientras escribo estas líneas, a finales de diciembre de 2014, Grecia vuelve a ser acelerador del momento crítico. El «*momentum* Syriza». El «*momentum* Podemos». Bajo este signo comienza el primer trimestre de 2015.

Llegados a este punto, vuelvo a acogerme a la enmienda del apóstol Tomás. Hasta que no lo vea... No sé si la España airada que ha reconocido en la «nueva izquierda» un instrumento adecuado para zarandear al sistema quiere realmente que esa encarnación política gobierne en un futuro próximo. No sé si lo desea de verdad. Dependerá de la capacidad real de elaborar propuestas que sean percibidas sin miedo por una gran mayoría social. Dependerá de que ese viaje de la periferia al centro sepa construir su propio pragmatismo, para no acabar siendo una línea de circunvalación: periferia-centro-periferia.

No creo, sinceramente, que estemos en una fase preinsurreccional. Con el petróleo a menos de 60 dólares el barril, el precio de la deuda fuertemente rebajado y una pirámide demográfica con el centro de gravedad por encima de los 45 años no creo que España esté en fase prerrevolucionaria. Hay una decepción tremenda, una irritación enorme y brotan, por primera vez desde hace muchos años, deseos de venganza social. Esa es la base del *momentum*. No son materiales fáciles de manejar.

La novedad consiste en que por primera vez en más de 30 años, una rama de la izquierda que parecía condenada a vagar eternamente las por carreteras secundarias, ha retomado la idea y la ilusión de la «mayoría social» y ha captado con cierta clarividencia el espíritu del tiempo. *Momentum*. Ecos de Antonio Gramsci. Ecos de Palmiro Togliatti. La búsqueda de la mayoría, con un lenguaje comprensible para la mayoría. Esa es la novedad.

Madrid, 30 de diciembre 2014